

RENACE SALVADOR ALLENDE

Horacio Labastida. Senador, catedrático universitario, destacada personalidad democrática mexicana.



Hace siempre la historia cuentas claras aunque no espeso el chocolate, pero sin duda las cuentas claras acunan la justicia como las fantásticas olas del mar a la Venus mitológica. Puede injuriarse gravemente a los pueblos, perseguirlos sin piedad, en ocasiones engañarlos o traicionarlos, o bien intentar su extinción, o también venderlos a la esclavitud y la servidumbre, y cabe reconocer que estos propósitos, por negros y malévolos que sean, jamás han coronado en éxitos y glorias. No. Los traidores e indignos hallan en su traición e indignidad destino fatal que los hunde hasta las entrañas: al fin serán repudiados, exhibidos y condenados por sentencia ejecutoria hasta la desaparición de sus pestilentes huellas.

Sucedió en México cuando los bochornosos acontecimientos de la decena trágica. Se llamaba Victoriano Huerta el que disfrazó su odio en amistad al ofrecerse como cuidadoso militar en la custodia del presidente Francisco I. Madero. El círculo gobernante estadounidense deshacía en preocupaciones por el juego de sus intereses petroleros, recién ganados a Inglaterra, y de las otras riquezas que lentamente fue entregando la administración de Porfirio Díaz, a

los inversionistas. El poderoso núcleo americano, asociado a los científicos de entonces y de otras subsidiarias europeas, había tomado las riendas económicas y políticas del país en forma creciente desde los finales del siglo XIX. Los antirreleccionista no eran la debilidad de los miembros de ese núcleo ni, por tanto, del embajador Taft, cuyas intrigas e inclinaciones protervas combináronse con las de Félix Díaz en la gigantesca intriga que concluyó en el *pacto de la embajada*, a fin de destruir la rebelión popular de Emiliano Zapata y Francisco Villa, y detener así las demandas de tierra, aguas y salarios que ponían en peligro sus privilegios y sobre todo las concesiones petroleras de los monopolios de la Huasteca y sus compinches angloholandeses. Concluiría la intriga estadounidense en la arbitraria detención de Madero y Pino Suárez, este último como vicepresidente, y en su repugnante asesinato, camino a la Penitenciaría, en uno de los días más negros y bochornosos de 1913. Encumbraríanse los huertistas con la sucia pretensión de asumir la jefatura del país, cuyo propósito fracasó ante la inmediata reacción de los revolucionarios y sus jefes, malgré tout la injerencia de los inversionistas extranjeros, animadores directos e indirectos del usurpador y sus hombres de La Ciu-

La Jornada, México DF, 12-IX-86

dadela. Tomaría el pueblo justa venganza en las azarosas pendientes de la Bufo, a la vista de Zacatecas, cuando la División del Norte correteó, derrotó y dio cuenta de las huestes nefandas del dictador.

Los altos círculos de la Casa Blanca repitieron semejantes ensayos en América Latina en otros escenarios malvados. Pretendieron en 1934 liquidar las protestas del pueblo nicaragüense contra el dominio de los invasores del Tío Sam asesinando a Augusto César Sandino, quien siete años antes desenmascaró en las Segovías sus propósitos imperiales. A cargo estuvo de esta herida más en el corazón del pueblo el primer Anastasio Somoza y su guardia nacional, organizada, equipada y preparada en el terrorismo represivo por oficiales yanquis. Los resultados son bien conocidos. La reacción de las masas maduró en 1961 con la fundación del Frente Sandinista de Liberación Nacional por los jóvenes universitarios y guerrilleros de Carlos Fonseca Amador, y se consumó en su primera fase luego de 18 años, hacia 1979, cuando descabezaron la dinastía somocista como careta al interior de los altos círculos financieros washingtonianos. La lucha sigue y el pueblo triunfa día a día por más de un septenio.

El otro caso fue del gigante Salvador Allende, el presidente que recibió la encomienda chilena de recobrar la soberanía nacional y asentar las bases de la justicia social. Ganó las batallas electorales no sólo por razones aritméticas de urnas, cuentas y recuentos de sufragio, sino muy principalmente porque los proyectos y actividades del go-

bienio popular coincidían con la voluntad unánime del pueblo, con la excepción de los asociados de las subsidiarias transnacionalizadas de la vieja y bien conocida metrópoli wallstreetense. Sus secretas maniobras ilícitas fueron completadas en días nefastos de 1973. Augusto Pinochet, aparente protector militar de las instituciones, al igual que Victoriano Huerta sesenta años antes, aprisionaría al presidente en La Moneda y propiciaría su asesinato por diabólica soldadesca.

Si se transforman en agentes de pavor y persecución de los de abajo, las guardias nacionales no sirven para basura. De nada sirvió la guardia nacional huertista, ni la somocista, ni ahora la pinochetista porque los pueblos decidieron derrotarlos y cobrar cuentas de sus sargentos alarifes. Una tras otra caen, sin excepción alguna: así sucedió en México cuando Madero renació en Zapata, Villa y Carranza, símbolos de las clases populares; y en Nicaragua al renacimiento de Augusto César Sandino en el Frente Sandinista de Liberación Nacional y sus líderes; y ahora ocurre del mismo modo en Chile al regresar a la vida Salvador Allende, acompañado de San Martín y O'Higgins, en la maravillosa multiplicación de jóvenes estudiantes y trabajadores como la mejor y más viril avanzada del pueblo patriota que ahora igual que ayer encarnase en la guía de Allende. Se ha iniciado la batalla contra la dictadura y seguirá adelante sin detenerse hasta el triunfo definitivo, a pesar de los amenazadores vientos y mareas que ya desatan el dictador y sus corifeos estadounidenses.



Presidente Allende en las calles de México, 1972.